

Francisco Antonio Encina (\*)

## Breve bosquejo de la literatura histórica chilena

Este bosquejo de nuestra literatura histórica, fué escrito hace algunos años, a petición de mi amigo Leo S. Rowe para una revista americana, dentro del pie forzado y jircanarcarse en pocas páginas. En su forma primitiva carece de interés para estos intelectuales. Posteriormente le agregué, a partir de Gay, algunos datos y juicios, que pueden ayudar a la historia literaria a sortear uno de los escollos tradicionales: la dificultad para un simple esteta de penetrar a fondo en dominios que sólo coinciden con los suyos en la forma.

Tratándose de una simple contribución a la historia de la literatura chilena, he creído ocioso recargarla con la enunciación y el análisis de las obras de los historiadores cuyas características bosquejo.

LA COLONIA.—DON ALONSO DE ERCILLA (Madrid, 1533-1594).

La literatura histórica colonial chilena, por el número y el valor de las obras, excede en mucho a lo que había derecho de

---

(\*) *Francisco Antonio Encina*.—Agricultor e Historiador. Fué un brillante diputado. Se dió a conocer como publicista en 1912, al entregarnos dos obras de calidad: «Nuestra inferioridad económica» y «La educación económica y el Liceo». Años más tarde publicó «Portales» y «la Literatura histórica chilena actual».

En estos últimos años ha estado dando a luz una inmensa «Historia de Chile», que abarcará 18 volúmenes y de la que ya han aparecido 13. Esta

esperar en una colonia subalterna y pobre, cuyo desarrollo se realizó condicionado por la lucha secular con el pueblo araucano.

Su portada, «La Araucana», de don Alonso de Ercilla, continúa siendo hasta hoy el mejor poema histórico español; ha servido de arquetipo a todos los que se escribieron sobre América o temas americanos; y es la obra histórica que, al idealizar al aborigen, ha influido más en el alma chilena.

ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO (Carmona, 1524-Santiago 1576).

La Crónica de Góngora Marmolejo, más allá de su forma incorrecta y ramplona, fiel reflejo de la inhabilidad de un soldado sin mayores dotes naturales de escritor ni cultura literaria, atendida la época y el medio, es bastante exacta en la narración de los sucesos y de una notable ponderación de juicio.

PEDRO MARIÑO DE LOBERA (Pontevedra-Lima, 1594).

La Crónica de Mariño de Lobera, que sólo ha llegado hasta nosotros a través de la nueva redacción que le dió el jesuíta Escobar, aunque muy inferior a la de Góngora en la firmeza del juicio crítico y en la fidelidad del relato, contiene observaciones felices que hasta hoy conservan valor.

ALONSO DE OVALLE (Santiago, 1601-Lima, 1651).

Entre las historias escritas en el siglo XVII, tres ocupan un alto puesto en la literatura hispanoamericana de la época:

---

nueva historia patria ha sido recibida con extraordinario entusiasmo, de tal suerte, que los dos primeros volúmenes han tenido tres ediciones, y se prepara la segunda edición de los demás. Tal hecho insólito en nuestra realidad editorial expresa mejor que cualquier juicio personal la calidad y atractivo de la obra histórica de don F. A. Encina y la adhesión calurosa que le ha testimoniado el público.

La «Histórica relación del Reino de Chile y de las Misiones y Ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús», del padre Alonso de Ovalle; la «Historia General del Reino de Chile», de Rosales; y «El Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile», de Núñez de Pineda y Bascañán.

Ni la estructura cerebral de Alonso de Ovalle, ni los materiales de que dispuso, le permitían escribir historia tal cual hoy la concebimos. Su libro es el *hosanna* a la vida de un pueblo de veinte años, sano de alma y de cuerpo. En Chile todo es bello y todo es bueno, desde la grandiosa mole nevada de los Andes hasta la humilde yerba que hollan los pies: la tierra, el aire, la luz, las mujeres, las flores, los pájaros, los hombres, los animales, los bosques, las praderas. Las entrañas de la tierra están cuajadas de oro, plata, cobre y cuanta substancia mineral creó Dios para el progreso y el recreo del hombre. Sus mares tranquilos, bañados de luz diáfana, hierven de peces exquisitos. Los árboles doblan sus ramas agobiadas por el peso de las frutas, invitando al hombre a recibir cuanto antes su copioso tributo. El crecimiento de las yerbas útiles, estorba la marcha de los animales que pacen en ellas.

La obra de Ovalle continúa siendo hasta hoy la más alta cumbre literaria alcanzada por el ingenio chileno. Su descripción de los Andes, es una de las páginas maestras de la literatura universal. Se tradujo al italiano en 1646 y al inglés en 1704. La Real Academia española, incluyó a Ovalle, en 1726, entre los escritores españoles que forman autoridad en materia de lenguaje.

DIEGO ROSALES (Madrid, 1601-Santiago de Chile, 3 de junio de 1677).

El padre Rosales, no marca, como se ha solido decir, la transición hacia el advenimiento del sentido crítico aplicado a la historia, que sólo tomó cuerpo siglo y medio más tarde, con Nie-

buhr. En cambio, es el gran precursor de la escuela histórica chilena. Ocupa en la literatura histórica colonial exactamente el lugar de Barros Arana en la de la República. Puso a contribución al trabajo de sus predecesores y los conocimientos científicos de su época. Ya asoma en él el rasgo saliente de los historiadores chilenos: la inercia o miopía cerebral, que limita la visión del suceder a un hacinamiento material de hechos y de hombres. Lo mismo que Pérez García, Carvallo y Goyeneche, Barros Arana, Crescente Errázuriz, Sotomayor Valdés y casi todos sus continuadores, pisa firme en lo vulgar y trivial. El recio sentido común hace en él las veces de una intuición rastrera, que informa lo que ha quedado en pie de su libro. Cuando intenta remontarse más allá del sentido común, las alas le fallan y cae pesadamente a tierra. La mística milagrera y la cándida vanidad científica de Rosales, corresponden exactamente a la mística liberal y antirreligiosa de los historiadores del siglo XIX y a su deslumbramiento con el saber de ropa hecha. Los materiales de que dispuso y el tiempo en que escribió, colocan a su obra en inferioridad aplastante respecto de los trabajos de Pérez García, Carvallo y Goyeneche, Gay y Barros Arana. En cambio, tiene sobre los dos últimos la enorme superioridad de la posición que toma enfrente del pasado. Lo mira sin prevención y procura captarlo a través de su indigencia de imaginación evocativa, en vez de apachurrarlo bajo el peso de la crítica. Como todo miope cerebral, coge los hechos al bulto, como quien recoge las piedras y guijarros de un campo, sin captar su sentido histórico y forma con ellos montones que no proyectan luz sobre la fisonomía del desarrollo histórico colonial. Pero, cuando el historiador dormita, su cerebro realista, de corte netamente español, de tarde en tarde, suele aprehender jirones auténticos de la vida que pasó. Su admirable descripción de las costumbres de los indios, está captada de la realidad. La dramática y sencilla narración de los últimos días del asedio de Villarrica, es una de las contadas páginas maestras de la literatura histórica chilena.

FRANCISCO DE PINEDA Y BASCUÑÁN (Chillán, 1607-Locumba, Perú, 1680).

Aún en mayor grado que las obras de Ovalle y de Rosales, «El Cáutiverio feliz», de Francisco de Pineda y Bascuñán, refleja la deformación del pasado colonial, forjada subconscientemente por la Compañía de Jesús, en la lucha secular que sostuvo en Chile, por supeditarse con la sociedad civil. Y la adulteración toma en él un sello de ingenuidad simpática, que ha engañado y seguirá engañando al historiador que no domine a fondo los documentos o no posea una viva sensibilidad cerebral. En cambio, su descripción de las costumbres de los indios, entre los cuales estuvo cautivo un año, constituye una de las joyas más preciadas de la literatura chilena colonial; y sus confesiones autobiográficas son un documento de un valor inestimable para la historia tal como hoy la concebimos.

VICENTE CARVALLO Y GOYENECHÉ (Valdivia, 1742-Buenos Aires, 1816).

La tradición histórica de los siglos XVI y XVII, culminó en el siglo XVIII con dos escritores, que la sueldan al siglo XIX: Carvallo y Goyeneche y Pérez García.

Desde el punto de vista meramente histórico, tal cual lo concibió el intelecto chileno del siglo XIX, Carvallo y Goyeneche es, tal vez, el más favorecido por las dotes naturales, entre todos nuestros historiadores. Las dos grandes fallas raciales están presentes en él. Lo mismo que en Pérez García, Amunátegui, Barros Arana, Sotomayor Valdés, C. Errázuriz y los *di minori*, la insensibilidad cerebral no le permite aprehender el fondo de los sucesos, de los hombres y del encadenamiento histórico; y la pobreza de imaginación evocativa le impide representarse las espumas del suceder con los contornos coloreados y brillantes

que caracterizan a Thierry, Macaulay y a casi todos los grandes superficiales. Pero en él la fuerza y la lucidez mentales y la ausencia del endoctrinamiento y de los postulados políticos, acortan la distancia entre la realidad y el esquema que la representa.

La sagacidad y firmeza del criterio histórico de Carvallo y Goyeneche, le permitieron darse cuenta, antes que nadie, de que la historia de Chile no podía escribirse sin estudiar detenidamente los archivos españoles; y venciendo mil dificultades, se trasladó clandestinamente a España.

Por desgracia, los informes adversos de don Ambrosio O'Higgins y los antecedentes de su vida desordenada y aventurera, provocaron la desconfianza de la Corte, y no obstante el decidido apoyo del ex regente Alvarez de Acevedo, le denegó la licencia para explorar el archivo de Indias.

A pesar de este contratiempo, las dotes naturales, y especialmente su extraordinaria sagacidad histórica, permitieron a Carvallo superar la pobreza de materiales en una medida que hoy desconcierta al historiógrafo. Guzmán, Gay, Barros Arana y todos los que después de él escribieron la historia de Chile, han seguido fielmente el sendero que les abrió en su «Descripción del reino de Chile», limitándose a corregir los errores de fechas y a rellenar muy irregularmente las numerosas lagunas que contiene su obra.

JOSÉ PÉREZ GARCÍA (Colindres, 1726-Santiago, 1814).

Pérez García es después de Barros Arana, el más fiel exponente del criterio histórico chileno.

Reunió con paciencia de benedictino todos los datos que era posible acopiar en el país sobre la historia de Chile, y los ordenó cronológicamente en una especie de repertorio histórico, para el uso del que necesita consultar los nombres, fechas o noticias de los sucesos que dejaron huellas en los documentos o en el recuerdo de los habitantes. De tarde en tarde, suele estampar

alguna sencilla reflexión de pulpero, nombre pintoresco con que la historiografía inglesa ha bautizado al sentido común miope y en exceso limitado y vulgar.

JUAN IGNACIO MOLINA (Huaraculén, 1740-Bolonia, Italia, 1829).

Fuera del país, tres jesuítas, espoleados por la nostalgia de la patria, escribieron otras tantas historias de Chile; pero ninguno de ellos tenía verdadera vocación histórica. Más que historiadores, fueron intelectuales desviados artificialmente del rumbo que les marcaba su vocación y sus disposiciones cerebrales. Los tres, entrañados de Chile y de España, carecían de los materiales necesarios para escribir una historia de su patria.

El más ilustre de ellos, el naturalista Juan Ignacio Molina, tal vez el máximo cerebro hispanoamericano en el terreno científico, fué un sabio de corte y formación europeos, nacido por azar en las riberas del Maule. Su «Breve Compendio de la Historia de Chile», tuvo gran boga durante más de medio siglo, más que por su valor intrínseco, por el prestigio del autor, la amenidad de la forma y, sobre todo, por el hecho de permanecer inédita la obra de Carvallo y Goyeneche.

Molina deslizó entre sus páginas algunas reflexiones que marcan la distancia casi sideral que media entre su cerebro y el grado de desarrollo mental de su país nativo. Como era inevitable, lo mismo que las geniales intuiciones de Isidoro Errázuriz, pasaron totalmente desapercibidas por los intelectuales chilenos del siglo XIX, que conceptuaban fantasía de visionario todo lo que no estaba abonado por la repetición gregaria de un centenar de sabios de legítima cepa europea. En el pequeño compendio del abate Molina aparece enunciado, por primera vez, con contornos netamente definidos, el postulado de la evolución de las sociedades humanas. Otra intuición genial, que despertó la sonrisa despectiva de nuestros eruditos, comprobada siglo y cuarto

más tarde por el ilustre antropólogo Ricardo Latcham, obligó a rehacer de pies a cabeza nuestra prehistoria.

FELIPE GÓMEZ DE VIDAURRE Y MIGUEL DE OLIVARES.

La «Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile», del jesuíta Felipe Gómez de Vidaurre, arrojada al canasto de los papeles inútiles por los eruditos del siglo pasado, contiene un caudal de datos y observaciones etnológicas que nunca agradecerá bastante la historia. La descripción de las costumbres chilenas de la segunda mitad del siglo XVIII, que contiene el «Compendio histórico» de Olivares, también desdeñado por la erudición, ha pasado en nuestros días a ocupar lugar preferente entre las fuentes de la historia. Pero ambas obras, lo mismo que el compendio de Molina, en cuanto historia propiamente dicha, quedan muy por debajo de la «Descripción histórica y geográfica» de Carvallo y Goyeneche.

EL INTERREGNO LITERARIO DETERMINADO POR LA REVOLUCIÓN DE LA INDEPENDENCIA.

La expulsión de los jesuitas provocó una profunda decadencia de la cultura. Carvallo y Goyeneche, Molina, Gómez de Vidaurre y Olivares fueron destellos póstumos de un impulso intelectual ya extinguido. Los quebrantos y trastornos originados por la guerra civil de la independencia, prolongaron los efectos de esa crisis por un tercio de siglo. El retroceso del desarrollo intelectual y de la cultura se reflejó en todas las ramas de la actividad literaria. El período de 1810-1842 es una página en blanco en nuestra historia literaria.

Limitándonos al terreno histórico, el folleto de Manuel José Gandarillas (Santiago 1789-1842), intitulado «Don Bernardo O'Higgins», no pasa de ser un panfleto político que contiene algún material hitórico, útil en su época. «El Chileno instruí-



do en la historia topográfica, civil y política de su país», del religioso franciscano José Javier Guzmán (Santiago, 1759-1840) a pesar de la boga que alcanzó en su época, comparado con las obras de Carvallo y Goyeneche, de Molina o de Gómez de Vidaurre, sólo es un documento que refleja la profundidad de la crisis en el desarrollo intelectual que engendraron la expulsión de los jesuitas y la lucha por la emancipación.

#### EL FLORECIMIENTO LITERARIO DE 1842.

Doce años de orden y la influencia humanista de Bello y de Mora, habían estimulado la reanudación del proceso del desarrollo intelectual cuyo letargo duraba ya tres cuartos de siglo. El grupo de intelectuales argentinos que, huyendo de Rosas, se refugió en Chile, sólo determinó la eclosión de un florecimiento literario que ya estaba gestado; y que se canalizó de preferencia en el cultivo de la historia. En 1844, Lastarria leyó en la conmemoración del primer año de vida de la Universidad, su conocida memoria intitulada: «Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile», violenta diatriba contra el pasado, redactada con el más completo desconocimiento de los documentos y de las concepciones sociológicas dominaron en el alto pensamiento científico del siglo XIX. En los años sucesivos se presentó una serie de memorias de valor muy desigual: «El primer gobierno nacional», de Manuel Antonio Tocornal; «Las primeras campañas de la independencia de Chile», de Diego José Benavente, «La Reconquista española», de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui; «Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo», de Salvador Sanfuentes; «La guerra a muerte», de Benjamín Vicuña Mackenna; la «Primera Escuadra Nacional» de Antonio García Reyes; «Sucesos ocurridos desde la caída de O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la constitución dictada en el mismo año», de Domingo Santa María; «Las Campañas de Chiloé», de Diego Barros

Arana; «Chile durante los años de 1824 y 1828», de Melchor Concha y Toro; «Chile bajo el imperio de la constitución de 1828», de Federico Errázuriz Zañartu, etc.

El valioso material histórico acumulado en estas memorias y en otros trabajos que no reseñamos para no alargar en exceso esta monografía, aumentaron el recogido y utilizado por Gay e hicieron posible la «Historia general de Chile», de Barros Arana.

El hecho de que la mayoría de los autores enumerados no perseveraran en el cultivo de la historia, induce a primera vista a suponer una canalización artificial en este sentido, provocada por Bello. Pero, ahondando más, se advierte que este fenómeno es un corolario de la infancia mental, que se repite en la poesía, la novela, el drama y todos los géneros literarios. Lo que empujó a los intelectuales de 1842 hacia la historia fué la pobreza racial de vida interior y la debilidad de la imaginación creadora.

El mérito de las memorias oscila desde el feliz ensayo de García Reyes, sobre «La primera escuadra nacional», hasta el violento panfleto que el futuro presidente Errázuriz Zañartu intituló «Chile bajo el imperio de la constitución de 1828», en el cual el apasionamiento ciego se interpone, como espesa venda, entre el cerebro del autor y la realidad. El ensayo de Lastarria sobre «La influencia social de la Conquista» es la resultante ineludible del grado de desarrollo mental que alcanzábamos hacia mediados del siglo XIX y de las características intelectuales del autor. El intelecto chileno, aún incapaz de pensar directamente la realidad, no estaba capacitado para internarse en los dominios de la sociología, ni de estarlo, Lastarria habría logrado cultivarla con éxito. Entre las características intelectuales que le cupieron en lote, no se contaban las que hacen posible la aprehensión de la realidad social, sus relaciones de semejanzas y disconformidades y de causa y efecto.

## EL VERDADERO SENTIDO DE LA INFLUENCIA DE BELLO Y SU DEFORMACIÓN.

La repetición gregaria ha impuesto la creencia de que la escuela histórica chilena que predominó en el siglo XIX, arranca de las sugerencias de Bello. Los mismos historiadores, y sobre todo Barros Arana, se consideraban discípulos del ilustre maestro.

Para explicarse este error, es necesario recordar que el cerebro de Bello y el de sus discípulos funcionaban en planos distintos; y que, como consecuencia de este divorcio psicológico, era imposible que los últimos entendieran sus enseñanzas, sin deformarlas hasta producir la concordancia con su propio grado de desarrollo mental.

A pesar de sus andanzas por los dominios de la psicología, Bello no dominaba la historiografía. A juzgar por sus escritos, la creación histórica nunca le interesó en la medida que la filología; pero, dadas su idiosincrasia intelectual y sus tendencias políticas y sociales, no es aventurado afirmar que, de interesarse seriamente por la historia, su concepto habría coincidido con el que poco más tarde Ranke impuso al pensamiento universal casi por un siglo; y que habría hecho suyo el postulado en que lo condensó: «Se ha asignado a la historia la misión de juzgar al pasado y de dirigir el presente hacia un futuro mejor. Este trabajo no aspira a cumplir tan altas funciones. Sólo se propone representar fielmente el pasado tal cual fué en realidad».

Bello se limitó a recomendar la necesidad de establecer los hechos antes de interpretarlos; de reunir los materiales antes de construir el edificio; en otras palabras, de reconstituir el pasado con los hombres y los sucesos que lo encarnaron y no con las lucubraciones de nuestra fantasía o de nuestro raciocinio.

Las demás características de la escuela histórica chilena, cuyo más alto representante es Barros Arana, como pronto va-

mos a ver, son de cepa genuinamente criolla, y no entroncan con ninguna de las concepciones que registra la historiografía.

LA «HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE», DE CLAUDIO GAY.

A pesar de las memorias universitarias que acabamos de recordar, la literatura histórica chilena había quedado rezagada con respecto a la de otros países hispanoamericanos. La obra de Carvallo y Goyeneche permanecía inédita; y el desarrollo y las vicisitudes del proceso revolucionario no habían sido objeto de un estudio orgánico como los de Restrepo, Zavala, Bustamante, Guerra y otros.

Este retraso movió a don Mariano Egaña a comprometer al naturalista francés Claudio Gay (Draguinan 1800-1873), a quien Portales había confiado el estudio y descripción del territorio, a completar su ardua tarea con una «Historia Civil de Chile». Gay empezó a acumular los materiales en 1838 y la obra se publicó entre 1844 y 1871, en ocho volúmenes de texto y dos de documentos, que abarcan hasta 1830.

Gay era naturalista y no historiador. No es, pues extraño que, a pesar de respirar el ambiente de uno de los grandes centros de la cultura mundial, fuera tan ajeno a la técnica historiográfica moderna y a las obras maestras de la literatura histórica universal, como sus predecesores y continuadores chilenos, aislados por la distancia. En cambio, le lleva la ventaja de su mayor sensibilidad cerebral, de su cultura científica más extensa y mejor asimilada y de su relativo desapasionamiento.

El empeño que pusieron los historiadores chilenos del último tercio del siglo XIX por preterir sistemáticamente la labor histórica de Gay, a fin de realzar la propia, ha dado alas al error de considerarlo como un escritor aislado, que no ejerció influencia sobre el desarrollo de nuestra literatura histórica.

La obra de Gay, no sólo no es un injerto exótico dentro del proceso del desarrollo de nuestra literatura histórica, sino que es

uno de sus eslabones fundamentales. En cuanto, erudito, su labor representa, tal vez el máximo aporte individual, hasta el advenimiento de la erudición especializada, que sólo empieza con Medina en las postrimerías del siglo XIX. Gracias a su laboriosidad infatigable, reunió en Chile, Lima y España una abundante colección de textos manuscritos y de documentos, que hicieron posible las obras de Vicuña Mackenna, Amunátegui y Barros Arana. Sin su feliz inspiración de recoger de los labios de San Martín, O'Higgins, Manuel de Salas, José Gaspar Marín, Joaquín Prieto, Santiago Aldunate, Agustín Vial, Clemente Lantaño, Juan de Dios Rivera, Juan Castellón, Juan Miguel Benavente y veinte actores más, las relaciones de los sucesos en que tomaron parte, y la admirable fidelidad con que los captó su viva sensibilidad cerebral, la historia de nuestra independencia, seguiría siendo un tejido de conjeturas, interrumpido a cada paso por extensas lagunas. Todo lo que escribieron los historiadores del siglo XIX sobre este período de nuestra historia, está basado fundamentalmente en los memoriales que dictaron a Gay los padres de la patria, y los principales actores de la revolución. Aún hoy en día, en que gracias a la inteligente labor de Matta Vial, continuada por Feliú Cruz, disponemos de un material muy superior al del siglo pasado, no se puede escribir la historia de la independencia, sin beber a sorbo tendido en Gay.

En cambio en el aspecto propiamente histórico, hay que distinguir entre la interpretación y la forma. En el primer aspecto, no sólo influyó, sino que pesó decisivamente sobre Vicuña Mackenna, Amunátegui y Barros Arana. Les impuso sus aciertos y sus errores. Discípulo del enciclopedismo francés, actuando sobre las disposiciones sentimentales del ambiente, contribuyó a dar alas a la visión del régimen colonial español y del desarrollo histórico del pueblo chileno que informa nuestra literatura histórica. Fué, también, el autor de la transfiguración de don Manuel de Salas, adepto del despotismo ilustrado, en caudillo de la independencia; el creador de la falsa personalidad de Ro-

zas; del mito de la clasificación de los patriotas en radicales y conservadores, que sólo surgió medio siglo más tarde, y de cien patrañas más, que tornan ininteligible el proceso revolucionario para todo cerebro capaz de penetrar más allá de las apariencias del suceder. Los continuadores chilenos se limitaron a transformarlos en dogmas indiscutidos, mediante la afirmación y la repetición. De él derivan, también, casi todos sus aciertos, salvo las intuiciones esporádicas de Vicuña Mackenna.

Gay se representó a los infantiles cerebros de su época como un sabio eminente. En realidad, no pasó de ser un vulgarizador distinguido de las ideas científicas dotado de una admirable laboriosidad. Limitándonos al terreno histórico, carecía del poder cerebral necesario para representarse el conjunto del desarrollo histórico de un pueblo; y para organizar a medias los hechos, se vió forzado a recurrir a una verdadera avalancha de reflexiones de ropa hecha, tomadas de la literatura política enciclopedista de su tiempo. Tampoco tenía las dotes que hacen el gran narrador. Aunque no incurrió en la aberración de exhibir la trama de la obra, ni aplastó los hechos con las disertaciones críticas, no logró imprimirles vida ni animación.

#### LA LITERATURA HISTÓRICA CHILENA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX.

El juicio sobre la literatura histórica chilena de la segunda mitad del siglo XIX, necesita, ante todo, tomar en cuenta las desfavorables condiciones que presidieron su desarrollo.

Empezando por los materiales, a pesar de la ardua labor de Gay y de sus continuadores inmediatos, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Arana, Sotomayor Valdés y demás eruditos de la época, la investigación estaba aún en pañales. Los archivos españoles sólo habían sido explorados muy superficialmente por Gay, Vicuña Mackenna y Barros Arana, que se limitaron a hacer extractos y a tomar copias de algunos documentos.

seleccionándolos por los títulos. La colección de copias de Muñoz, no se había formado en vista de una historia de Chile.

La consulta de los archivos nacionales tropezaba con el desorden y la falta de índices. Salvo las superficiales exploraciones de Vicuña Mackenna en parte de los de Valparaíso y de Sayago y Concha en los de Copiapó, y La Serena, los archivos de las provincias estaban aún vírgenes.

Las lagunas que dejaba el material acumulado hacia 1880-1890 eran demasiado numerosas y extensas. Faltaban por completo los datos sobre algunos aspectos fundamentales del desarrollo histórico, como la enseñanza, la inquisición, la lucha entre los jesuítas y la sociedad civil, apoyada por el grueso del clero, por supeditarse. Lo que se logró reunir sobre la población, el desarrollo económico, la administración de justicia, la formación de la raza y de las clases sociales, no permitían formar concepto sobre la fisonomía real de estos procesos. Basta apuntar el hecho de que la sola labor de Medina dobló más de cuatro veces la de todos sus predecesores del siglo XIX reunidos.

El material estaba casi enteramente crudo. Faltaba la crítica que necesita recibir antes de ingresar a la historia.

Siguiendo con la personalidad del historiador, hasta llegar a Medina, todos fueron simples aficionados, que sustraían a la política, la enseñanza, el diarismo, la diplomacia, la magistratura, la abogacía o el cargo público, algunos ratos, para dedicarlos a la investigación y la historia.

Salvo Isidoro Errázuriz, que se educó en Alemania, y para quien el cultivo de la historia fué un accidente pasajero, ninguno dominaba la historiografía en cuanto teoría de la historia, ni las ciencias afines: la antropología, la psicología, la sociología, la economía política, etc. La historiografía alemana que, a partir de Ranke y Mommsen, dominó sin contrapeso en la literatura histórica universal del siglo XIX, era casi completamente desconocida. Los cursos que Lord Acton dictaba en Cambridge, sólo repercutieron en Chile en pleno siglo XX.

Psicológicamente, el historiador chileno del siglo XIX, valiéndonos de una feliz frase de Gay, «tenía el cerebro más cerca del corazón que de la cabeza». Todos eran políticos y estaban animados por las pasiones del bando, amén de las personales y de las heredadas de los antepasados. El pensamiento directo de la realidad en el terreno científico y en el histórico, aun no había nacido; el intelectual necesitaba sustituirlo por el pensamiento reflejo o libresco, que hacía el oficio de las andaderas en el niño que da los primeros pasos.

El tercer elemento de la creación histórica, el ambiente, no podía ser más adverso. No sólo no flotaban en él las sugerencias de los pensadores y artistas que hundieron sus cerebros en el pasado, alimento ineludible de todas las grandes creaciones históricas, sino que estaba saturado por el concepto absurdo sobre nuestro régimen colonial que se condensó en el célebre verso del himno nacional: «De tres siglos lavamos la afrenta» y que tornaba imposible la historia objetiva de Ranke y de Burkhardt. Si el autor se inclinaba ante ella, estaba condenado a forjar un pasado que sólo existió en la alucinación engendrada por los sentimientos y que tenía que derrumbarse, como castillo de naipes, apenas la más ligera brisa refrescara la atmósfera caldeada por el odio al Coloniaje. Y si, en vez de doblegarse, lo enfrentaba, la obra, repudiada por el ambiente, habría tenido que ir desde la imprenta al bodegón, para servir de envoltorio al sebo, la grasa, el charqui o las aceitunas. Todavía me parece oír, a través de medio siglo, la carcajada de Isidoro Errázuriz cuando le hablé de la posibilidad de ensayar en la historia de Chile la concepción genética, nebulosa aun, no condensada, que, tal vez, había surgido en mi cerebro, como sugestión de Leibniz, pues la abrigaba desde antes de conocer a Comte, Spencer y los postulados en que pretendieron encerrar la evolución social. La historia que pretenda abarcar la forma y el fondo del desarrollo social, necesita aguardar, todavía, un par de siglos; hoy día excedería demasiado al poder cerebral del lector europeo. En cuanto



al chileno, cerraría a la vuelta de pocas páginas una historia que no sea liberal ni conservadora, clerical ni anticlerical o que mida con el mismo rasero a godos y a patriotas, a chilenos y a peruanos. En Chile aun no se puede decir la verdad ancha, sin lastimar los sentimientos patrióticos, religiosos, políticos y familiares.

Y tenía razón. El lector, y factor de la creación histórica, era un corto conjunto de profesores, profesionales y agricultores, sanos de cuerpo y de espíritu, incapaces de concebir nada más allá de la rutina exterior de la vida vulgar, inertes a las sugerencias de orden intelectual. Vicuña Mackenna los bombardeó con descargas de exageraciones de una potencia casi inverosímil, sin lograr que tomaran conciencia de sus geniales intuiciones, ni de sus juicios infantiles.

Una literatura histórica engendrada en estas condiciones, no puede resistir la comparación con la europea de su época. La mejor de nuestras historias, medida con este cartabón, no pasa de ser un ensayo informe. Vicuña Mackenna apenas exagera, cuando dice que nuestra literatura histórica no tiene otro valor que ser nuestra.

El mérito de la literatura histórica chilena del siglo XIX está exclusivamente en la investigación, en el acopio de materiales para la historia. No la agotó, como desatinadamente ha cabido afirmarse, pero lo que ordenaron y publicaron los investigadores del siglo XIX, basta para honrar a escritores que no fueron eruditos especializados y que sólo podían consagrar a la tarea los ratos que les dejaban libres sus actividades principales. Por lo demás, en ningún país ni en ningún tiempo, la historia ha surgido armada de punta en blanco, como Minerva de las manos de Júpiter. En todas, ha sido la obra de muchas generaciones de eruditos.

Dentro de la erudición, el mayor esfuerzo de los investigadores del siglo XIX corresponde a la publicación de la «Colección de Historiadores de Chile».

Desde el punto de vista historiográfico, la literatura histórica chilena de la segunda mitad del siglo XIX, más que una tentativa fallida de representación de nuestro pasado, es un trabajo de taracea, realizado con destreza por Barros Arana y con menos acierto por los demás, mediante el cual engastaron los hechos en la armazón preconcebida, impuesta por los enciclopedistas y los demás autores de la leyenda negra contra España, y especialmente por Robertson y Raynal, que no sólo no conocían la historia de España y de la colonización española, sino que estimaban un estorbo su conocimiento.

Por lo demás, esa historia era la única posible en Chile del siglo XIX. Una historia objetiva que hubiera reflejado, en la medida que ello es posible, la realidad, habría sido repudiada por el intelecto y por el sentimiento chileno de la época.

Los legítimos términos de comparación de la literatura histórica chilena, son las obras escritas en las demás secciones de América, y dentro de la propia casa, el valor relativo de los demás géneros literarios. En ella resulta bien librada. Por la calidad de la investigación, dentro de lo que era posible hacer en el siglo pasado las excede a todas. Aun en la forma, a pesar de la monotonía, que degenera a cada paso en pesadez, del exceso de citas y de disertaciones críticas, que a partir de Mommsen la historiografía había relegado a la investigación, la sencillez, el orden y la naturalidad, hacen de la mayoría de las obras históricas chilenas un oasis en la hueca y declamatoria literatura histórica hispanoamericana de otros tiempos.

Dentro de la propia casa, el género histórico supeditó en abundancia y calidad a todos los demás, hasta fines del siglo XIX. Mientras que la poesía, la novela, el teatro y la crítica literaria se agostaron pasajeraamente, después de un fugaz florecimiento, el cultivo de la historia se sostuvo en avance hasta fines del siglo.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA (Santiago, 1831-Santa Rosa de Colmo, 1886).

Vicuña Mackenna, es tal vez, el intelectual más desconcertante que hasta hoy ha producido la América española. Revolucionario, político, intendente de Santiago, historiador y periodista, en todas estas actividades desplegó un dinamismo asombroso. Aunque la historia fué sólo una de los múltiples aspectos del torbellino de su vida, la labor del investigador excede a la de todos los eruditos de su generación. A pesar de la brevedad de su vida, los sobrepasó, también, en fecundidad.

Mayor aún es el desconcierto que produce su estructura cerebral. Una poderosa intuición esporádica le permite aprehender a primera vista jirones sangrantes del pasado. Delante de la frase en que condensó su representación de la personalidad histórica de Carrera: «La revolución de la independencia sólo fué para él una aventura más», todo lo que se ha escrito hasta hoy día, lo que en adelante se escriba sobre la enigmática personalidad real del caudillo, es y será una simple glosa de ella, o un desvarío del raciocinio inventor. A renglón seguido, el intuitivo se estrella contra impulsos, sentimientos, que anulan por completo el pensamiento lógico y lo empujan a verdaderos desvaríos, como le ocurre con los móviles de la guerra de 1837, contra la confederación Perú-Boliviana. El fenómeno se repite en toda su obra histórica. En una misma página, se codean intuiciones de una penetración rara en la fase que atravesaba el cerebro chileno hacia el último tercio del siglo XIX, con juicios que obligan al raciocinio lógico a cubrirse la cara. Capta el contenido de Portales más hondo que todos los demás biógrafos e historiadores, y señala su influencia sobre el desarrollo histórico chileno con rara clarividencia; y en seguida observa que a la grandeza de su genio, para ser completa, sólo le faltó haber sido pipiolo.

El choque de las dotes intelectuales que, dentro de la nor-

malidad psicológica se excluyen, reaparece en el pensamiento discursivo y en la forma. Dotado de una poderosa imaginación evocativa, que le permite representar con dos o tres pinceladas a los hombres, los sucesos y los ambientes, junto con trazarlos, los magulla y aplasta, con verdaderos huracanes de frases inconexas con el tema. Su poder evocativo lo dispensaba del empleo de la exageración para imponer la imagen del pasado, aún tratándose de los broncos cerebros de los lectores chilenos del siglo XIX. Pero, impulsado por una especie de necesidad irresistible, lo exagera todo sistemáticamente.

Sus numerosas obras, inclusive la «Historia de Santiago» y «Don Diego Portales», que se cuentan entre las joyas más valiosas de la literatura histórica chilena, son una mezcla de aciertos y extravíos. En todas, jirones auténticos de la vida que pasó sobrenadan en una espesa ganga de fraseología inútil. Con todas sus fallas, Vicuña Mackenna es el historiador chileno que más volvió las espaldas a la erudición muerta, para encarar el pasado como realidad viva. Con todo, lo que sobrevive en el naufragio de la visión de nuestro pasado que predominó en el siglo XIX, procede de sus geniales intuiciones.

Vicuña Mackenna, lo mismo que don Miguel Luis Amunátegui, creía que aun no era posible escribir historia en los pueblos hispanoamericanos. Su misión, la de sus contemporáneos debía ser la de preparar el terreno y reunir los materiales para que las generaciones venideras escribieran la historia de Chile.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI (Santiago, 1828-1888) Y GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI (Santiago, 1830-1898).

A pesar de la extensión y del valor de sus trabajos históricos Miguel Luis Amunátegui fué ante todo educacionista y político, sino de vocación, arrastrado por el momento en que le cupo vivir.

La abnegada cooperación de su hermano, que le reunía y extractaba el material extraído de los archivos y de la lectura de

los cronistas, le permitió redactar un crecido número de obras históricas.

Sus primeros trabajos, y especialmente «La Dictadura de O'Higgins», «El Descubrimiento y Conquista de Chile» y «La Crónica de 1810» se inclinan más hacia la historia que hacia la investigación. Aunque sus obras están encuadradas en el marco común a toda la literatura histórica chilena del siglo XIX, su mayor poder cerebral, le permitió ahondar en la interpretación del pasado más que Sotomayor Valdés y Barros Arana. Pero, sea que su misma superioridad cerebral le hiciera comprender que el intelecto chileno no había alcanzado la madurez necesaria para el cultivo de la historia, o que se diera cuenta de que, sin adelantar más la investigación, era imposible producir obras de verdadero valor, pronto derivó hacia la acumulación de materiales para que otros la escribieran más tarde.

Amunátegui no logró superar la imagen deformada del pasado que saturaba el ambiente, pero su probidad histórica le impuso la exhibición leal de los documentos, sin preterir ni relegar al claroscuro los que contradecían sus interpretaciones preconcebidas.

Alberto Edwards pudo decir con justicia que la conclusión que fluye del material que sirve de base a «Los Precursores de la Independencia», es que la independencia no tuvo precursores.

RAMÓN SOTOMAYOR VALDÉS (Santiago, 1830-1903).

Sotomayor Valdés consagró durante una vida entera el tiempo que le dejaron libre sus obligaciones de funcionario, diplomático, periodista y colaborador de diversas publicaciones, a la reunión y al estudio del material correspondiente a 40 años de la historia de la República. Más adelante, se concentró más todavía, limitando su programa a la «Historia de Chile bajo el gobierno del general don Joaquín Prieto», cuyos últimos capítulos no alcanzó a redactar.

Entre todas las historias que se han escrito en Chile, salvo la «Historia de la Guerra del Pacífico», de Bulnes, ninguna se ha emprendido en condiciones tan favorables. Más aún, pocas entre las obras maestras de la literatura histórica universal han logrado disponer del material y las sugerencias del cerebro superior del pensador en la medida que la de Sotomayor Valdés.

Empezando por el material, la brevedad del trozo de historia que abarcó, le permitió explorar personalmente los archivos de gobierno y la prensa de la época con prolijidad de benedictino, sin recurrir al peligroso expediente de los auxiliares, materialmente ineludibles en toda historia general. Fué menos afortunado en la búsqueda de las cartas y documentos privados; mas, Vicuña Mackenna se había anticipado a reunirle en este terreno un material copioso. Durante su misión diplomática en Bolivia, agotó el estudio del material impreso sobre las relaciones chilenas—perú-bolivianas— y la campaña de 1837, y pudo explorar algún material inédito. Más tarde, Bulnes le suministró otro aporte valioso de material en su «Historia de la «Expedición Restauradora del Perú» (1838-1840).

Desde otro punto de vista, de los dos grandes escollos del período 1831-1841, el propio Vicuña Mackenna, le había allanado el primero; el enigma de la personalidad real de Portales, Santa María y sobre todo Isidoro Errázuriz, le salvaron el otro, a lo menos en la segunda edición de la obra: la sugestión de índole política religiosa que informó la creación portaliana. Pero Sotomayor Valdés declinó estos aportes, que lo habrían convertido en el gran precursor de la actual interpretación de nuestra historia, para detenerse en el aspecto externo de los hombres y de los hechos.

A pesar de esta decisión y de la tendencia discursiva que predomina en el relato, su obra es, quizás, el mejor trozo de historia general que hasta hoy se haya escrito en Chile, no sólo por la solidez de la investigación, sino también por la ausencia del

trabajo de taracea, que deforma el contenido de los documentos, para embutirlos en el andamiaje ideológico preconcebido.

Entre los historiadores del siglo XIX, Sotomayor Valdés es el menos apasionado, y el que poseyó mayores dotes literarias. García Reyes fué una promesa incumplida; e Isidoro Errázuriz, excediéndolo mucho en poder cerebral, no intentó o no pudo sustituir al gran orador por el gran narrador.

FALTA DE CORRESPONDENCIA, ENTRE LA HISTORIA DE GAY Y LAS CARACTERÍSTICAS DEL AMBIENTE CHILENO DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX.

Entre la ideología que informa la historia de Gay y el ambiente intelectual chileno de 1850, existía un vínculo creado por la literatura post-revolucionaria francesa, que ya se había extendido bastante entre el elemento intelectual chileno. Pero era un vínculo artificial, que no podía alimentar una simpatía de fondo. Entre Gay y el intelecto chileno del siglo XIX se interponía una doble muralla: el distinto grado de desarrollo mental y las características opuestas del cerebro francés y del antepasado español. Las pocas interpretaciones hondas del sabio francés, cruzaron por la estratósfera como estrellas errantes, sin rozar siquiera nuestro firmamento intelectual. Su manera de narrar los hechos, insinuándolos apenas, repercutió antipáticamente en criollos de cerebros bastos e impermeables que en cuanto españoles, necesitaban ver, palpar, oler y gustar a los hombres y los sucesos. Su asociación artificial a las pasiones criollas, los dejó fríos. Incapaces de pensar ni de percibir ningún matiz, sus cerebros eran inabordables. Había que dirigirse sólo a sus sentimientos y movilizarlos con andanadas de exageraciones contra el régimen colonial; con ditirambos sobre la bravura y el genio de los caudillos patriotas; y tiradas de frase contra la torpeza, la crueldad, la ignorancia y la cobardía de los realistas. Aunque Gay no desdeñó al lector en la medida que se ha supuesto, sim-

plificó y caricaturizó a los hombres y a los sucesos y achicó la historia, castrando su propia visión, no logró salvar la doble valla de la falta del nexa racial y del distinto grado de desarrollo mental. Su obra apenas se leyó en Chile.

BARROS ARANA Y LA HISTORIA GENERAL DE CHILE. (Santiago 1830-1907).

Como corolario ineludible de la antipatía entre la idiosincrasia cerebral de Gay y el genio nacional, la publicación de su obra, en vez de satisfacer la necesidad intensamente sentida de poseer una historia general de Chile, la exacerbó. El propósito de emprender el trabajo afluó en distintos escritores; pero corrieron más de treinta años y ninguno tuvo las fuerzas ni la perseverancia necesarias para llevarlo a cabo.

Entre los eruditos que soñaban con escribir una historia de Chile, Barros Arana, por sus características intelectuales, parecía el menos indicado. Sin embargo, fué el único que se atrevió a intentar la empresa. Por vía de entrenamiento, publicó una «Historia de la Independencia de Chile», que era el período mejor investigado por Gay. Aunque simple extensión de la obra de éste, realizada con los mismos materiales que había reunido entre particulares o copiado de los archivos chilenos, ya en esta obra asoman las características de la futura «Historia General de Chile». Sigue los juicios de Gay sobre los hombres y los sucesos, al mismo tiempo que elimina las interpretaciones felices o desgraciadas que excedían al cerebro del lector de la época, y corrige prolijamente los numerosos errores de nombres, fechas y hechos. La obra de Gay se convirtió en un relato sencillo y ordenado, que dejó fuera todo lo que tiene importancia para la inteligencia de nuestro desarrollo histórico o la representación de nuestro pasado. Es un relato confeccionado para los gustos y las exigencias del comerciante mayorista de la calle de Santo Domingo, del rico terrateniente, del profesor de liceo y de los abogados y médicos



graves y respetables. La historia de Gay pierde un ciento por ciento en profundidad, pero gana un ciento por ciento en la narración y en la correspondencia con las características intelectuales del lector. Lo que estaba como oprimido o meramente insinuado, se extiende sin ofender el sentido de la medida. La palabrería hueca, que en Gay se derrama, como una erupción de ganga sobre el relato, recubriéndolo, ha desaparecido y el tono docente de la futura historia general aún no asoma.

A partir de este momento, Barros Arana, distribuyó su tiempo por partes iguales, si se le enfoca a lo largo de su vida, entre la enseñanza y la difusión de la cultura, que ocuparon siempre el primer lugar; la erudición histórica con vista a una futura historia general de Chile; y la política, el periodismo, los encargos oficiales de los gobiernos, la diplomacia, etc.

La mayoría de los trabajos históricos que publicó hasta 1884, están escritos con el propósito de ser utilizados en una futura historia general.

El advenimiento de Santa María a la presidencia de la República, marcó el comienzo de una larga pausa en sus actividades oficiales, políticas y diplomáticas, que hizo posible la redacción de la «Historia General de Chile». Su primer volumen apareció en 1884, y el último de la prolongación que intituló «Diez años de la Historia de Chile», en 1906.

La «Historia General de Chile», no es una mala imitación de Sismondi, Mignet o Thiers, como creía Omer Emeth. Tampoco tiene por modelo a Robertson, como afirma el profesor Montebruno, confundiendo el esquema o urdimbre ideológica, que informa en ella la visión del pasado colonial, con la forma historiográfica de la obra. Barros Arana se dió cuenta de que ninguno de los grandes modelos europeos de fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX calzaba con sus propias disposiciones cerebrales, las exigencias psicológicas del lector chileno de su época, y la índole misma de nuestro pasado. Su historia es una concep-

ción propia, sin precedentes ni continuadores en la historiografía, a nuestro juicio, feliz si se le refiere a su época.

Su característica más resaltante es el dualismo de objetivo. Barros Arana deliberadamente procuró dar a su obra el doble carácter de enciclopedia o diccionario histórico y de una crónica con ribetes de historia.

El erudito logró el primer objetivo en una forma que no ha sido superada en la América española. Todos los datos que contenían los documentos y las obras conocidas hasta 1880, están organizadas con método y claridad. El que quiera conocer un nombre, una fecha o un suceso, sólo necesita abrir la página pertinente de la «Historia General». Naturalmente las montañas de nuevos materiales acumulados en el correr de 65 años han modificado los datos de 1880. Se han derrumbado lienzos enteros de muralla; han surgido nuevos aspectos del desarrollo histórico; y apenas hay detalles que no estén modificados. Pero bastaría poner al día la «Historia General», llenando sus vacíos y corrigiendo sus errores para que, desde este punto de vista, siguiera prestando los grandes servicios que prestó en otra época, hasta que se complete la serie de historias especiales destinada a llenar esta necesidad intelectual.

En cambio, fracasó en su segundo objetivo, si juzgamos los resultados con las normas actuales de la historiografía. En primer lugar, los dos objetivos se excluían: el diccionario histórico exige el registro de todos los sucesos y datos y la historia, la selección del material en el sentido de producir la imagen fiel y viva del pasado. En seguida, las dotes intelectuales de Barros Arana, se avenían con la erudición, pero no con el cultivo de la historia. La inercia cerebral le impedía captar los factores espirituales del suceder, absorber el contenido del material y transfigurarlos en una imagen del pasado. Su excesiva limitación intelectual lo condenaba a resbalar por la superficie de los sucesos y de los actores. Su apasionamiento, deliberadamente disimulado por la frialdad de la narración, deformaba los sucesos y los hombres

en una medida incompatible con la historia objetiva. Como hemos visto, el material, no sólo dejaba grandes lagunas, sino que también era demasiado exiguo para formarse idea exacta aún de los aspectos de nuestro pasado mejor conocidos en su tiempo. Finalmente faltaba el largo trabajo preparatorio que hace posible la ardua tarea de escribir la historia de un pueblo.

Barros Arana suplió sus propias fallas intelectuales y los defectos de materiales con sagacidad. En vez de intentar aprehender el fondo del desarrollo histórico, y erigirlo en columna vertebral de la obra, lo mismo que todos sus contemporáneos, lo substituyó por los postulados de la ilustración y especialmente de Robertson y Adam Smith, y lo rellenoó con los materiales acumulados en su época, escogiendo prolijamente los que encuadraban con la armazón preconcebida; salvó las enormes lagunas con las generalidades del régimen colonial español y el transporte a Chile de lo que ocurrió en otras colonias. Donde fallaron estos recursos, los suplió con las presunciones y los raciocinios, que su escuela histórica conceptuaba recursos de buena ley, disimulados entre las partes realmente documentadas de la obra.

Midiéndola con el actual criterio historiográfico, se ha dicho que una historia redactada en esta forma, a lo menos en la interpretación, estaba escrita antes que el autor consultara un solo documento. El apasionamiento ciego del autor, que se oculta bajo la frialdad de la forma y la escasez de materiales, lo conducen a una intensa deformación del pasado, que choca a nuestros actuales cerebros. Se le representa como tiranía insoportable un régimen blando y paternal, en que el criollo usó y abusó de las libertades que habían surgido en esa época; como deficiente y torcida, una justicia que fué recta y expedita, salvo la chicana de los litigantes para prolongar los juicios; como apóstoles de la ignorancia y de la rutina, autoridades que desplegaron un tenaz esfuerzo por impulsar la cultura y el progreso; como prohibitivo, un sistema económico que en Chile nada prohibió y cuyo arancel aduanero era tres y media veces más bajo que el implantado por

la República; y se le escaparon las modalidades del régimen especialísimo creado en Chile espontáneamente por la guerra de Arauco y consagrado por reales cédulas y reales órdenes, que dormitan en el archivo de la Capitanía General.

Se puede ir más lejos en la crítica. Arrastrado por la frágil y superficial visión histórica de los enciclopedistas, disputó propios de España y de su atraso, instituciones, creencias y costumbres, que eran universales y que constituían la espina dorsal de la civilización en los siglos XVI a XVIII, también dejó fuera de la historia mucho de lo que hoy se nos representa como fundamental.

Pero estos lapsus y extravíos, en su tiempo, fueron excelencias. La superficialidad del relato, su encuadramiento en la interpretación preconcebida de Robertson y los enciclopedistas y las intensas deformaciones engendradas por los sentimientos del autor, que hoy nos chocan y hacen casi imposible su lectura, respondían a las exigencias de lectores incapaces de absorber otra cosa que nombres, fechas, cantidades y anécdotas pintorescas, razonadas con juicio que concordaran con sus disposiciones sentimentales. En el siglo XIX, una historia de Chile que no representara al régimen colonial como una tiranía cruel, despiadada e insoportable, y a España como un pueblo ignorante, sucio y retrógrado, indigno de alternar con los pueblos civilizados de Europa, habría sido lapidada. Precisamente uno de los pocos reparos que ponía el lector a la «Historia General», era su frialdad de forma; el hecho de relegar el escarnio de España y de la civilización española al fondo de la obra, en vez de descargarle andanadas de invectivas y de epítetos.

Con todos estos reparos, por el partido que Barros Arana sacó al escaso y crudo material histórico de su época, por su tendencia a establecer los hechos dentro de la medida en que lo permitía el marco enciclopedista que encuadraba la obra, y por el orden y la sencillez de la forma, la «Historia General de Chile»,

es quizás, la que más vale entre las diversas historias generales de la literatura histórica hispanoamericana del siglo XIX.

Los representantes de la literatura histórica chilena durante este período fueron: Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui, Sotomayor Valdés y Barros Arana.

LA ERUDICIÓN HACIA EL FINAL DEL SIGLO XIX Y PRIMER CUARTO DEL XX: MORLA VICUÑA, MEDINA, MATTÁ VIAL Y THAYER OJEDA.

Para llevar nuestra historia a la altura de la europea, era necesario llenar las grandes deficiencias del material, mediante una revisión metódica y prolija de los archivos españoles; la ordenación de los nacionales y la crítica del nuevo material, que pronto quintuplicó el reunido hasta 1880. Aparte de esta tarea previa, había que rehacer de pie a cabeza la interpretación de la historia de la Colonia, base ineludible para intentar la historia de la República; y esta empresa presuponía un cambio en las disposiciones sentimentales enfrente del pasado, un vigoroso avance en el desarrollo de la sensibilidad cerebral, el conocimiento de la historiografía contemporánea, y el estudio de los grandes modelos de la literatura histórica universal, no para imitarlos, sino para utilizar las lecciones que emergen de ellos.

CARLOS MORLA VICUÑA (Santiago, 1846-Búffalo, 1900).

Las primeras dudas sobre la solidez documental de la «Historia General de Chile», partieron de Carlos Morla Vicuña, más tarde plenipotenciario en diversos países y ministro de relaciones exteriores del presidente Errázuriz Echaurren. Siendo secretario de la legación en París y Londres en 1873, fué comisionado por el gobierno chileno para revisar el archivo de Indias y tomar copias de los documentos relacionados con los límites de Chile. Cerebro de una rara lucidez y ponderación, se aunaban

en Morla Vicuña, en feliz maridaje, casi todas las dotes que forjan al gran historiador, salvo la profundidad mental, que en esa época, tratándose de los jóvenes ambientes hispanoamericanos, era un verdadero estorbo. Se dió cuenta de que las exploraciones anteriores, inclusive la de Muñoz, que utilizó Barros Arana, habían sido superficiales e incompletas; y resolvió aprovechar el encargo de su gobierno, para tomar copias de los documentos más importantes, con el propósito de escribir una historia de Chile.

Morla Vicuña reunió una colección de documentos seleccionados con sagacidad y criterio. Pero, distraído por las exigencias de la carrera diplomática y muy debilitado en su poder de trabajo por la dolencia que debía conducirlo al sepulcro, sólo alcanzó a redactar un trabajo histórico jurídico sobre los títulos de Chile a la Patagonia, que rebasa a la vuelta de cada página su objetivo, y que se imprimió oficialmente en Leipzig, en 1903, después de sus días, bajo el título de «Estudio Histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego».

Los documentos que descubrió y copió en el Archivo de Indias, hacen parte de la Biblioteca Nacional.

JOSÉ TORIBIO MEDINA (Santiago, 1852-1930).

Medina se inició en el cultivo de la historia bajo la influencia de la generación de 1830 y especialmente de Vicuña Mackenna, por quien siempre conservó una admiración exaltada, y de Barros Arana, con quien debía distanciarlo un odio recíproco que duró lo que sus vidas. Su historia de la «Literatura Colonial de Chile» respira la visión del pasado colonial que saturaba el ambiente, con las exageraciones propias de la juventud. La obra deja entrever las características que forjan al gran erudito, y la ausencia de las dotes que hacen posible al historiador.

El gobierno de Santa María le confió el arreglo del archivo

de la Capitanía General, y en este trabajo se dió cuenta de que Gay, Amunátegui y Barros Arana sólo habían explorado uno que otro expediente. El rico venero estaba casi virgen. Como Morla Vicuña, se entusiasmó con la idea de rehacer la historia de Chile; y al mismo tiempo que cumplía su encargo oficial, extractó los documentos que a su juicio, tenían interés histórico.

El resultado del examen del archivo de la Capitanía General, le confirmó en el aserto de Morla Vicuña de que la historia de Chile estaba aún por escribirse; y no pudiendo disponer del archivo del ilustre diplomático, destinado a servir en las cuestiones de límites, resolvió explorar personalmente los archivos españoles. Obtuvo que en 1884 se le designara secretario del vicealmirante Patricio Lynch, acreditado ministro ante la corte de Madrid; y aprovechó su estada en España y las facilidades que le brindaba su cargo, para realizar su propósito. Su «Colección de documentos inéditos para la historia de Chile», consta de 30 volúmenes impresos y de 209 manuscritos.

Con este material, que dobló varias veces el acumulado por todos sus predecesores reunidos, y el archivo de la Capitanía General, Medina estaba en situación de escribir la historia colonial de Chile, sobre una base documental que la generación de 1830 no habría podido concebir ni en sueño. Por otro lado, su residencia en España desvaneció en él la despectiva visión hispanoamericana del pasado colonial, que se atravesaba como una barrera insalvable delante del camino que conduce a la historia objetiva. Dado su extraordinario poder de trabajo, en ocho o diez años habría podido agotar el material, revisando el archivo del arzobispado, las actas de los cabildos de Santiago y de provincia, el archivo de la Real Audiencia, el de jesuítas y los protocolos notariales.

Pero, cuando intentó transfigurar este espléndido material en historia, se dió cuenta de la oposición entre las dotes que hacen al erudito y las que hacen al historiador, que recién empieza a imponerse en la historiografía europea y que aún no logra abrirse

camino en el ambiente intelectual hispanoamericano y renunció a escribir la historia, su proyectada historia de Chile.

Algo más tarde, en 1925, Medina obsequió su «Colección de Documentos» a la Biblioteca Nacional, conjuntamente con su espléndida biblioteca.

Desde que renunció a escribir la historia de Chile, encauzó su prodigiosa actividad de erudito especializado, en la bibliografía y la erudición. Cerca de 300 obras lo condujeron a la más alta cumbre de la erudición americana. Al mismo tiempo, publicaba una serie de monografías, encaminadas a ayudar al futuro historiador en la ardua tarea de transfigurar en una representación fiel y viva de nuestro pasado el contenido de los miles de documentos que encierran su Colección y los archivos nacionales.

TOMÁS THAYER OJEDA (Caldera, 1877).

Sirviéndose de la parte publicada de los «Documentos de Medina», y de los diversos archivos que hemos enumerado, Thayer Ojeda reunió en una serie de monografías un conjunto de datos de alto valor para la historia de la Colonia durante el siglo XVI, que utilizó ampliamente el arzobispo Errázuriz en la serie de crónicas en que narró los primeros 24 años de la conquista, a partir de Pedro de Valdivia. Más tarde, refundió la mejor parte de sus investigaciones en una obra que intituló: «Los conquistadores de Chile».

ENRIQUE MATTÁ VIAL (Santiago, 1868-Valparaíso, 1922).

Mientras Medina reunía el material para la historia de la Colonia, Mattá Vial organizaba las fuentes de la historia de la Independencia, publicando los textos inéditos ya utilizados por Gay, el verdadero creador de este período de nuestra historia, y por Barros Arana. Añadió un abundante material nuevo, acopiado con inteligencia y buen criterio, al ya conocido. La Colección



de *Historiadores de la Independencia de Chile*, iniciada por él, en 1900, y proseguida por el profesor Guillermo Feliú Cruz, consta a la fecha de 30 volúmenes. En 1811 inició la publicación de la *Revista Chilena de Historia y Geografía* que, traspasó a la *Sociedad Chilena de Historia y Geografía*, fundada por él mismo. La publicación pasa ya de 100 números y contiene un valioso material histórico.

La incorregible costumbre criolla de afirmar hechos y emitir juicios, sin verificar los datos en que se fundan, había impuesto como dogma de fe indiscutida la creencia de que la obra de Gay, con las correcciones de fechas y nombres y las agregaciones que le introdujo Barros Arana, habían agotado el material correspondiente al período de 1810-1830. Los nuevos materiales acumulados por Matta Vial, lejos de confirmar la creencia, tumban por su base lienzos de murallas y cambian el fondo de la representación tradicional de este período histórico. A Matta Vial se debe, también, la colección de relatos de viajeros extranjeros sobre Chile.

#### LA ORDENACIÓN DE LOS ARCHIVOS.

Paralelamente a la labor erudita de Medina, Thayer Ojeda, Matta Vial y otros investigadores, la holgura fiscal permitió llevar a cabo la ardua tarea de ordenar los archivos nacionales, de instalarlos en un edificio especial y de formarles índices. El historiador puede hoy realizar en dos o tres días de trabajo, una labor que antes exigía meses y años, cuando se tenía la buena suerte de descubrir los datos que se necesitaban, y que con frecuencia solía concluir en una pérdida irreparable de tiempo.

#### LA LITERATURA HISTÓRICA CHILENA EN EL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XX.

Los grandes progresos en la investigación no se reflejaron,

como lógicamente debió ocurrir, en un avance paralelo de la historia. Diversos factores determinaron esta anomalía.

El más importante fué la impotencia para rehacer la interpretación del pasado. La «Historia General de Chile» no es una superación de la literatura de su época. Sólo es un resumen juicioso y bien hecho de la labor de Carvallo y Goyeneche, Pérez García, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, el propio Barros Arana y decenas de investigadores de menor importancia, con todos sus aciertos y sus fallas. Antes de publicarse su último volumen, no sólo estaba muy atrasada en cuanto al material, sino también en la interpretación, que ya no respondía a las exigencias intelectuales y a las disposiciones sentimentales chilenas del siglo XX. Era imposible dar un paso hacia adelante sin sustituir la anticuada interpretación de Robertson por el nexo que surge del propio proceso del desarrollo histórico. Era, también, ineludible un viraje hacia la historia propiamente dicha, o sea hacia la representación del pasado, para lo cual se necesita relegar al claroscuro la urdimbre en que descansa la trama, en vez de empeñarse en exhibirla conjuntamente con las gotas de sudor que la obra ha costado. Los eruditos chilenos, en cuyas manos cayó la historia a comienzos del siglo XX, fueron incapaces de salvar los obstáculos que se atravesaban delante del camino.

A esta impotencia para rehacer la interpretación de nuestro pasado, se añadió el desconocimiento de la historiografía, característica del erudito. Sus transformaciones y progresos desde Ranke y Mommsen hasta hoy día, han sido y siguen siendo teorías concebidas en otro planeta, no sólo para nuestros investigadores, sino también para el grueso del profesorado.

Esta ignorancia ha pesado como lápida funeraria sobre el progreso de nuestra literatura histórica y ha dejado el campo libre a las mayores aberraciones concebibles. Limitándose a este último aspecto, hizo posible la absurda creencia en la posibilidad

de la historia definitiva, que entraña la negación misma de la historia, cuya esencia es la perpetua renovación.

Esta creencia, combinándose con la admiración, en más de un aspecto merecida, que despertó Barros Arana y la repugnancia criolla por todo esfuerzo intelectual profundo o sostenido, creó el dogma de que la «Historia General de Chile» era una «obra definitiva», impuesta por el profesor Montebruno, autor de algunos textos de enseñanza, enteramente extraños a la erudición chilena y a la teoría de la historia, a los profesores egresados del Instituto Pedagógico. Con ella, la historia de Chile quedó definitivamente estructurada, lo mismo en sus cimientos graníticos que en la interpretación de la imagen del pasado. En adelante sólo era posible corregir uno que otro error material de detalle, o agregar nuevos aposentos al edificio, sin tocar su base documental ni variar una tilde la interpretación.

El dogma de la infalibilidad de la «Historia General», fatalmente, tenía que conducir al máximo extravío concebible en la historiografía: el de concentrar el esfuerzo intelectual en la tarea de impedir que se rehiciera la historia de Chile. Al paso que en todo el mundo la historia tradicional ascendía a lo alto de los anaqueles y los grandes maestros del pasado ocupaban el honroso puesto que les correspondía en la historia literaria, en Chile, desde el erudito, el magisterio docente y el grueso de los intelectuales, sólo alentaban energías para aplastar al sacrílego que intentara tocar el texto sagrado de la «Historia General», o levantar un moderno edificio de concreto, en reemplazo del vetusto caserón, cuyas murallas cuarteadas, empezaban a desmoronarse por la simple acción del tiempo.

Detenido en su proceso de superación durante casi medio siglo, la literatura histórica, derivó hacia el cultivo de la crónica, de las monografías y de las historias especiales. Su característica, durante el primer cuarto del siglo XX, es el abigarramiento: trabajos que no pasan de ser un simple montón de hechos acumu-

lados sin criterio ni digestión, se codean con obras de valor indisputable. El período está bien representado en sus errores y sus excelencias, por Fuenzalida Grandón, Amunátegui Solar, Crescente Errázuriz, Ricardo Montaner Bello, Gonzalo Bulnes y Ricardo Salas Edwards.

ALEJANDRO FUENZALIDA GRANDÓN (Copiapó, 1865-Santiago.).

El buen juicio y la sagacidad de Barros Arana habían situado a la Historia al margen del concepto de la evolución social, que germinó con Leibnitz, para culminar con Comte, Spencer y los *di minori* de la sociología. Renunciando a honduras que no tenían correspondencia con el ambiente ni el lector chileno, la limitó a la cáscara externa del suceder. Fuenzalida Grandón concibió el propósito de encuadrar la interpretación histórica que Barros Arana bebió de los escritores de la Ilustración dentro del postulado de la evolución social, que entre 1890 y 1900 alcanzaba su apogeo en el ambiente intelectual chileno. Ningún trabajo cerebral podía embutir en la concepción leibniziana del desarrollo histórico, el esquema de origen enciclopedista, que sirve de espina dorsal a la «Historia General de Chile». Bajo los títulos de «Historia del Desarrollo Intelectual de Chile» y «La Evolución Social de Chile», publicó dos obras en las cuales la tentativa quedó reducida al título. La primera obra derivó hacia un acopio de datos para la historia de la enseñanza, al cual la monografía posterior de Medina quitó casi todo valor, aún como simple arsenal de datos. «La Evolución Social de Chile» es una miscelánea histórica de valor variable, que en ningún momento se enlaza al fenómeno de la evolución social.

En cambio, «Lastarria y su tiempo» contiene un material histórico bastante bien seleccionado para el estudio de la personalidad de Lastarria.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR (Santiago, 1860-1946).

Amunátegui Solar inició su carrera de escritor con un tema sencillo; una historia narrativa del Instituto Nacional. Siguió fielmente el procedimiento que había empleado Barros Arana en su *Historia General de Chile*, suprimiéndole los recursos que el maestro empleó para deslumbrar y sugerir al lector, que no cuadraban con el tema ni con su joven personalidad. Rehuyó sistemáticamente los juicios propios, sustituyéndolos con los conceptos sobre la enseñanza y los maestros que contenían las publicaciones de la época. En sus obras posteriores, derivó hacia la acumulación de datos para la historia, tarea en la cual se estrelló con la falta de sagacidad y de juicio crítico. Sus disertaciones, amén de estar fuera de lugar, revelan una extrema debilidad de pensamiento lógico. Publicó, también, algunos documentos, tarea que se avenía más con sus dotes intelectuales. Entre los trabajos de esta índole, el más interesante es la publicación de parte de las Cartas que figuraban en el Archivo de M. L. Amunátegui.

CRESCENTE ERRÁZURIZ (Santiago, 1839-1931).

Para el señor Errázuriz la historia fué, más que un hobby, una distracción que le permitió llenar a medias las horas muertas vividas en la Recolectión dominica y en la parroquia de la Vera Cruz. Tipo perfecto del castellano vasco, transfigurado en aristócrata por el rol que su casta desempeñó en los siglos XVIII y XIX en el desarrollo histórico del pueblo chileno, embalsamado en la conciencia de la dignidad aneja a la preeminencia social, con fuertes ribetes de un volterianismo espontáneo, que bullía de la sangre, y sin verdadera vocación apostólica, tomó el hábito sacerdotal en un palimpsesto pasajero, surgido, tal vez, de la sangre materna, y lo conservó por dignidad y decoro. Repudiado abierta o disimuladamente por el clero, que no lo sentía

uno de los suyos, este distanciamiento le captó las simpatías y la admiración de los anticlericales que lo llevaron al arzobispado.

Por sugestión de su tío materno, el arzobispo Valdivieso, escribió «Los orígenes de la iglesia chilena», utilizando de preferencia el archivo del Arzobispado. Más tarde, en 1881 publicó la crónica que tituló «Seis años de la historia de Chile».

Posiblemente la labor histórica del señor Errázuriz habría terminado con esta obra, a no mediar las sugerencias de su sobrino, el presidente Errázuriz Echaurren, que había tomado bajo su protección a Medina, para que, utilizando los materiales acumulados por este erudito, escribiera una nueva historia de Chile, que aplastara a la de Barros Arana, con el cual estaba distanciado por odios recíprocos de una intensidad casi inverosímil, desde los días del gobierno de su padre, el Presidente Errázuriz Zañartu.

Don Crescente, que no sólo no participaba del odio tradicional, sino que también era íntimo amigo de Barros Arana echó la sugestión por el desvío, como diríamos hoy. Además hacia esa fecha creía que había exageración en los asertos de Medina y de Morla Vicuña sobre el bluff que encubría la debilidad documental de la «Historia General».

Más tarde, el hastío más que la vocación, lo empujó a rehacer los años corridos entre la llegada de Valdivia (1541) y el final del gobierno de Pedro de Villagra (1565). Utilizó, casi exclusivamente, los documentos de Medina, combinándolos con los datos que le procuró Thayer Ojeda, en vez de los cronistas, que sirven de base a la «Historia General». Con excelente acuerdo, dió a su trabajo la fisonomía de una simple crónica, destituída de toda pretensión histórica. En siete volúmenes narra cronológicamente todo lo ocurrido en los 24 años que enfoca, con estilo correcto, pero seco y monótono.

A pesar de los numerosos errores de detalle, inevitables en los relatos que abarcan todos los aspectos del desarrollo histórico de un pueblo, como verdad material, la crónica del señor Errá-

zuriz marca un enorme avance sobre la «Historia General» y todo lo que se había escrito hasta entonces sobre este período de nuestra historia. En ella se eclipsa, también, la cantilena contra España. El señor Errázuriz usa y abusa del recurso, hoy vedado, que Newman llamó el sentido hilativo. Forja conjeturas, por el placer de forjarlas, sobre el más ínfimo detalle, destituído de toda significación histórica y las discrimina en interminables disertaciones. Como casi todos los intelectuales castellanos vascos, carece de imaginación evocativa de corte español. Tampoco le cupo en dote el don francés de evocar el pasado mediante un hecho, una anécdota o un gesto. La lectura de los siete gruesos volúmenes de su crónica, no logra grabar en el lector la imagen del pasado, que Ricardo Palma o Joaquín Díaz Garcés producen con una sola página.

RICARDO MONTANER BELLO. (Santiago 1868-1946).

Utilizando el copioso material del ministerio de relaciones exteriores, Montaner Bello, publicó varios trabajos de índole histórica. Los más importantes son: «Negociaciones diplomáticas de Chile y del Perú»; y la «Historia diplomática de la Independencia de Chile».

Por la calidad del material, el paciente estudio de los documentos, la ponderación de juicio del autor y la sencilla naturalidad del relato, ambas obras se cuentan entre los grandes aciertos de la literatura histórica chilena.

GONZALO BULNES (Santiago, 1851-193).

Bulnes se estrenó con su «Historia de la campaña restauradora del Perú (1838-1840)». Aunque dispuso de un material precioso, extraído del archivo de su padre, el vencedor de Yungay, que dió a la obra un valor permanente, con independencia del historiador, y del «Diario» del coronel Plasencia, además de los

documentos oficiales, nada hace presentir al futuro gran historiador en este primer trabajo. Mas, en vez de quedar en promesa incumplida, como García Reyes, Sanfuentes y los escritores criollos en general, el historiador no cesó de avanzar en un proceso paralelo al desarrollo y a la madurez intelectual. Ya en la «Historia de la expedición libertadora del Perú» (1817-1822), pasó al primer plano dentro de la literatura histórica chilena.

Pero, aun siguiendo paso a paso sus progresos, el salto que da en su «Historia de la Guerra del Pacífico» es sencillamente desconcertante. Vuelve bruscamente las espaldas a su medio intelectual, e ingresa de pleno derecho en el número de los historiadores militares europeos de primer rango. Para nuestro cerebro de corte francés, suele alargar en exceso el relato y acentuar demasiado la nota patriótica; pero capta los sucesos, los hombres y los ambientes, sin esfuerzo ni deformaciones y los destaca delante de la retina de todo el que sea capaz de leer algo, con una viveza, una nitidez de contornos y una auténtica intensidad de vida espiritual y material, que no se repite en otro historiador hispanoamericano. Todo en Bulnes está captado directamente de la realidad y libre de las magulladuras del intelecto.

Por la excelencia insuperable de la investigación; por la viva sensibilidad cerebral del autor, para captar la fisonomía de los hombres, sus pasiones y sus móviles y los impulsos colectivos, que brotan de la sangre, sus impacencias y sus pasajeras inquietudes y desfallecimientos; por la naturalidad coloreada de la narración; y por la ecuanimidad de juicio, la «Historia de la Guerra del Pacífico» es, sin comparación posible, la joya de más precio de la literatura histórica chilena.

RICARDO SALAS EDWARDS (Santiago, 1870-).

Por la solidez de su base documental, la perfecta digestión del material y el vigor cerebral y la ponderación de juicio del autor, «Balmaceda» es, tal vez, la obra más valiosa de la litera-



tura histórica chilena, después de la «Historia de la Guerra del Pacífico», de Bulnes. Y sin embargo, el libro cayó en el vacío; no tuvo admiradores ni detractores, ni ejerció influencia alguna en nuestro ambiente intelectual.

Para explicarse su fracaso, no basta recordar el aislamiento intelectual del autor y la poderosa influencia de la camarilla que, durante largos años, actuó en torno de la Universidad, para ahogar todo valor verdadero, todo lo que revestía un asomo de independencia o rebasaba la medianía cerebral y el saber de ropa hecha. La obra, atropellando el vacío que se le hizo, se habría impuesto, a no mediar el momento en que vió la luz.

Salas Edwards fué actor en la revolución de 1891. El vendaval ideológico-sentimental que generó el conflicto impresionó profundamente su cerebro, recio, pero que no se remonta hasta las alturas desde las cuales los sistemas se divisan como cárceles de intelecto y los principios políticos, como simples postulados pasajeros que simbolizan los impulsos, los sentimientos, los deseos y las ideas del momento histórico que enfocamos. El tiempo y la madurez, engendraron en su cerebro la ecuanimidad, sin desalojar los postulados y los principios políticos que presidieron la génesis y el desenlace de la revolución de 1891. La interpretación histórica está encuadrada en esa ideología. Entre tanto, el desvanecimiento de las exageradas ilusiones cifradas en la libertad electoral y la implantación del régimen parlamentario, habían asestado un rudo golpe al prestigio místico de la ideología revolucionaria; y, como ocurre siempre en los fenómenos de esta naturaleza, una reacción exagerada descargaba sobre la revolución de 1891 los pecados de los padres y de los hijos.

Desde otro ángulo, las profundas reflexiones sueltas de Alberto Edwards sobre nuestro pasado, subscientemente, se abrieron paso a través del gregarismo colectivo, y despertaron en los pocos cerebros superiores y en los intelectuales de mayor sensibilidad cerebral la conciencia de que, más allá del choque de los principios políticos, el conflicto de 1891, estaba informado

por factores sociológicos trascendentales, que revestían el carácter de lo ineludible y fatal.

En el choque entre la ideología que preside la interpretación histórica de «Balmaceda» y la de la «Fronda aristocrática en Chile», la primera se hundió, silenciosamente, sin lucha ni estertores, arrastrando consigo a la obra, porque era un cadáver insepulto, una creencia desvanecida que, repudiada por el suceder, caminaba a ocupar su nicho en el panteón de los postulados que fueron.

A pesar de este fracaso de librería, la obra de Salas Edwards representa un gran valor permanente, y ocupa con indiscutible derecho un alto puesto en nuestra literatura histórica.